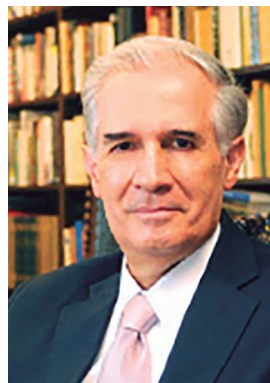


## HÉCTOR

*Diego Valadés*



En este nuevo aniversario de nuestro Instituto la memoria me lleva a Héctor, así, con toda familiaridad.

Lo conocí poco después de que ingresé como becario, en marzo de 1968, en alguna ocasión en que llegó acompañando a doña María Cristina, quien con frecuencia recogía a nuestro director, Héctor Fix-Zamudio, antes de la hora del almuerzo.

Jurídicas se encontraba entonces la cuarta planta de la Torre de Humanidades, aneja a la Facultad de Filosofía. En el edificio se alojaban todos los institutos del área, y en el último piso despachaba el coordinador. La vida comunitaria era muy cercana e intensa. La primera generación de becarios tuvo una convivencia muy próxima con los investigadores, con quienes incluso compartíamos los cubículos. En mi caso, durante un tiempo fui alojado en el que Sergio García Ramírez ocupaba uno de los dos escritorios; luego pasé al de Ricardo Méndez Silva.

Los becarios también teníamos acceso a todos los institutos, lo que nos facilitaba una relación con las eminencias universitarias que admirábamos. De ahí surgieron, en mi caso, amistades entrañables que mantuve hasta el fin de su vida con Rubén Bonifaz Nuño, José Luis Ceceña, Clementina Díaz y de Ovando, Beatriz de la Fuente, Elisa García Barragán, Miguel León-Portilla, Roberto Moreno de los Arcos.

Vuelvo a Héctor. La generosidad del maestro Fix-Zamudio me abrió la hospitalidad de su casa; al casarme, la hospitalidad incluyó a Patricia. Al

niño que conocí en el estacionamiento de Filosofía lo seguí viendo como el inquisitivo estudiante de secundaria, preparatoria y facultad; escuché sus tempranas interpretaciones al piano y leí sus primeros escritos jurídicos. No había duda: tenía una inteligencia privilegiada. Su conversación siempre estuvo por encima de su edad, y en la vida adulta se convirtió en un interlocutor agudo, culto, sensible. Fueron proverbiales en él su vocación científica, su capacidad analítica, su entereza ética y su afabilidad personal; escuchaba con atención y reflexionaba con serenidad; fue ecuánime en su trato y equilibrado en sus ideas.

Un 5 de febrero, en una ceremonia conmemorativa, hablé acerca de reordenar la Constitución. Al terminar me dijo: “si estás convencido de hacerlo, hagámoslo juntos”. Y lo hicimos. Comenzaron a fluir los correos electrónicos y a menudear las llamadas y los encuentros. Las ideas fluían en él y su entusiasmo fue en ascenso. Su vasta cultura jurídica le permitió entender la estructura de la Constitución como pocos. Por meses mantuvimos un diálogo de intensa creatividad que culminó en una propuesta que espera, paciente, tiempos mejores.

Lo perdimos en plena madurez intelectual, pero lo conservamos como un ejemplo a seguir. Con Jacqueline formó una familia inteligente y amorosa. Dejó lecciones humanas que nos continuarán inspirando, y conceptos e ideas que nos seguirán iluminando. Su obra científica echó luz sobre temas y problemas medulares; sus estudios sociojurídicos alcanzaron una profundidad extraordinaria y muchas claves para resolver problemas añejos de la justicia fueron descifradas por él. Quería la excelencia para México, y él mismo la protagonizaba.

Durante décadas su vida y la del Instituto transcurrieron en paralelo. La colosal personalidad científica de su padre no lo inhibió porque él poseyó también un temple y un talento excepcionales, y porque tuvo en su progenitor al mentor magnánimo de cuyas lecciones todos los miembros de esta comunidad nos hemos beneficiado.

Héctor Fix-Fierro será siempre una figura emblemática del Instituto de Investigaciones Jurídicas.